

## CAPÍTULO V

Monastiac. — Wixepcocha. — La gruta de Xustlahuaca. — Deidades de los tzapoteca. — Deificación de Petela. — La princesa Pinopiaa. — Costumbres de los mixteca. — Trajes. — Respeto á sus reyes. — Matrimonio. — Poligamia. — Penas del adulterio — Herencias. — Ceremonias en los nacimientos. — Educación. — Costumbres funerarias. — Trajes de los sacerdotes. — Vida sacerdotal — Vestidos y costumbres de los guerreros — Los tzapoteca. — Nahualismo — Brujas de Chapa — La ciudad del Usumacinta. — Relieve de la penitencia de Kukulcán. — Yaxbité. — El estuco alado. — La esfinge. — Extensión al Sur de la invasión tolteca — El nuevo reino Kiché ó Yximché. — Los primeros señores — Epoca del primer reinado. — Tradiciones de la venida de Tóllan. — La ciudad de Gumarcaah. — El sacrificadero. — Epoca probable de la destrucción de la antigua civilización quiché. — Abandono de Palemke, Copan y Quirigua. — Invasión de los nicaraguas. — Fundación de Chapa. — Nanduimé. — Los huaves. — El nagradán. — El manque. — Los chontales. — Modificaciones en la geografía quiché. — Los meca y los nahoas en Nicaragua. — Chorotega, ticomega y maguateca. — Identidad de costumbres.

La invasión tolteca y la influencia del culto de *Quetzalcoatl* se manifiestan más y más claramente y siguen la dirección del Sur. Siempre la misma misteriosa venida del sér mítico, siempre la misma misteriosa desaparición. El *Quetzalcoatl* tzapoteca se pierde en el Istmo, en la laguna de Monastiac. Llámase el dios ó sér sobrenatural en Didjazá, *Wixepcocha*; apareció en Huatulco, adonde llegó por el mar; predicador, profeta y reformista, vivía en la oración y la penitencia, pasando en meditación y sentado en cuclillas la mayor parte de la noche; después desapareció dejando como recuerdo una cruz. En otros relatos *Wixepcocha* aparece en Mitla y predica contra las vanidades del mundo, invitando á los tzapoteca á la penitencia; mas perseguido por el viejo sacerdocio, es lanzado como *Quetzalcoatl* de lugar en lugar, hasta el cerró de Cempoaltepec, en que se desvaneció como una sombra. Es la misma tradición histórica y es el mismo mito astronómico: la estrella de la tarde apareciendo en Huatulco sobre las ondas del Océano; la estrella desapareciendo después en la laguna de Monastiac y tras el cerro de Cempoaltepec. Naturalmente el profeta es barbado como todos los *Quetzalcoatl*. Burgoa, al dar razón de la notable cueva de Xustlahuaca, dice que entrando luego se descubre una bóveda tan alta que excede mucho á la puerta, y á mano izquierda de ésta se hallaba una peana de mármol de más de cuatro varas de alto y sobre ella una figura grande con vestiduras de profeta, con el manto sobre la cabeza, descubierto el rostro grave y las manos dispuestas en proporción y todo de una pieza. Admirábase Burgoa de las figuras fantásticas que rodeaban á la deidad y que no eran más que las estalactitas de la gruta.

Otras deidades de los tzapoteca manifiestan la mezcla de la nueva religión con el antiguo culto. Así *Bezalao* viene á ser el *Miclantecuhli* de Didjazá; *Cociyo* es el *Tlaloc*; *Cozaana* es el *Mixcoatl*; mientras que *Pitao-Cocobi* y *Pitao-Xoo*, dioses de las cosechas y de los terremotos, más bien tienen referencia con el viejo *Cabrakán* quiché.

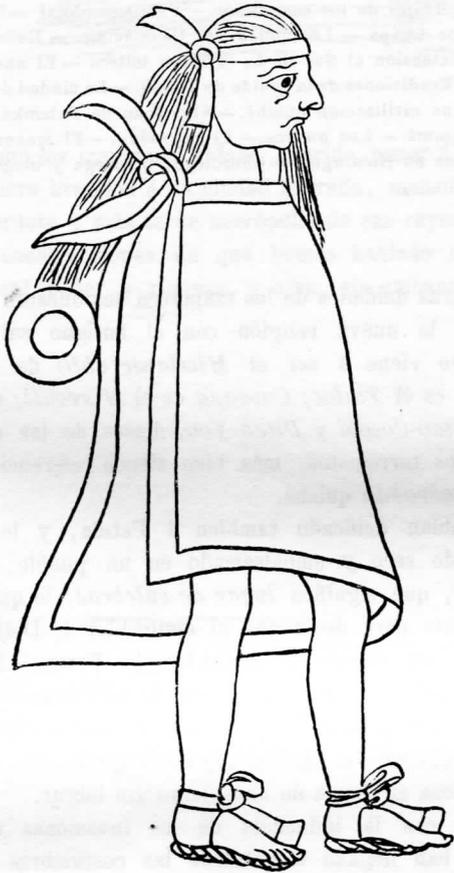
Habían deificado también á Petela, y le tenían enterrado seco y embalsamado en un pueblo llamado Coatlán, que significa *lugar de culebras*; lo que acaso sería dato para decir que el civilizador de Didjazá fué uno de los chanes y discípulos de Votan. Herrera cuenta que su momia fué quemada públicamente por el vicario Bartolomé de Pisa. También Burgoa refiere que Pinopiaa, doncella hija del rey de Didjazá, era adorada como diosa en forma de una piedra sin labrar.

Ya con la influencia de las invasiones meca y tolteca han llegado á nosotros las costumbres de los dos pueblos, mixteca y tzapoteca. Tenían los mixteca palacios esterados para los señores y sus mujeres con cojines de cueros de leones, tigres y otros animales; vestían los hombres mantas blancas de algodón tejidas, pintadas y matizadas con flores y aves de diferentes colores, y no se cubrían el cuerpo sino con el maxtli; usaban sandalias ó *cacilli*, anillos de oro pendientes en las orejas, bezotes de oro ó de cristal de roca en el labio inferior, los cabellos largos atados con cintas de cuero, empinados hacia arriba como plumajes y siempre lampiños, pues se arrancaban con tenacillas de oro las barbas que les salían. Advertiremos que en el Museo hay unas tenacillas de cobre.

Los mixteca se preciaban de ser limpios, para lo que se bañaban á tarde y á mañana y tenían jardines con estanques; eran religiosos y tenían sacerdotes que

al mismo tiempo eran agoreros y médicos. El rey no se dejaba ver, ni nadie osaba entrar adonde estaba; por lo que se valía de dos ministros para comunicarse con el pueblo, y si alguno alcanzaba licencia de llegar hasta él, entraba descalzo y sin levantar los ojos, no tosía ni escupía, ni ponía los piés en la estera en que estaba sentado su señor. Éste, para resolver los negocios graves del Estado, tenía sus consejeros, que eran hombres ancianos y sabios que ya habían sido grandes sacerdotes.

En cuanto á las costumbres privadas, comenzaremos por los casamientos. Eran los sacerdotes los únicos que de los impedimentos decidían, y solamente sabemos



Códice Vaticano. — Mixteca

que era defecto esencial que no fuese mayor el número del signo en que nació el hombre ó que los esposos no fuesen parientes; pues sólo se casaban los extraños cuando el matrimonio se hacía para celebrar ó afianzar la paz pública. No había entre ellos grado prohibido, ni se daban dotes á las hijas; pero el pretendiente tenía que regalar á la novia según su estado. Pedíase á ésta por una embajada de ancianos, y una vez arreglado el matrimonio los sacerdotes echaban suertes para señalar el día de su celebración. Llegado éste, iban varios sacerdotes y guerreros en busca de la desposada, llevándole presentes de oro y otras joyas, y era costumbre que en el camino saliese gente armada á pretender quitarla, por lo cual sus conductores peleaban para

defenderla. Entregábanla después al esposo, y sin más ceremonia que entrar ambos en un aposento esterado y enramado se consumaba el matrimonio.

Practicaban la poligamia aun cuando sólo á la primera mujer tenían por esposa y á las otras por mancebas. Castigaban el adulterio con la muerte de ambos criminales, y el marido ejecutaba la sentencia, aunque á veces se contentaba con cortar al adúltero las narices, orejas ó labios. Los reyes y caciques para la sucesión del señorío se casaban con mujer de su propia casta, y eran herederos los hijos que de ella tenían, y únicamente á falta de varones entraban las hembras; pero nunca los hijos que habían tenido de manceba. De



El sacrificio de la lengua. — Relieve en piedra

estas mancebas, generalmente hijas de señores principales que á gran honra lo tenían, eran muchas las de los reyes y no pocas las de los caciques, y en realidad venían á ser siervas de su amo y de su principal esposa. Luego que los señores tenían hijos en ellas, las casaban con algunos de sus servidores ó mercaderes. Si la mujer principal del rey ó cacique se hallaba en estado de tener un hijo, oraban los sacerdotes por el feliz éxito é iban por leña al monte para preparar el baño, y en naciendo la criatura, si era varón, le ponían una flecha en la mano, y un huso si era hembra; y durante los veinte días en que era necesario que se bañase la madre, se hacían fiestas á la diosa de los baños, y había grandes comidas y cantos y bailes. Cuando el niño cumplía siete años lo llevaban al templo para que el sacerdote le horadase las orejas y le

pusiese nombre á más del que ya tenía por el signo en que había nacido.

La educación de los hijos de los señores consistía principalmente en llevarlos á pasar un año en el colegio de los sacerdotes. Recibíanlo, y en procesión lo llevaban al gran sacerdote y sus ministros con acompañamiento de músicas de atambores sordos, flautas de cañas, caracoles y tortugones, y llegado al templo vestía el hábito sacerdotal, le daban lancetas para que hiciese el sacrificio de la lengua y le untaban cuerpo y rostro de negro *ulli*. Pasado el año iba su familia á sacarlo del templo con gran alegría y pompa y lo llevaban al baño donde cuatro doncellas hijas de señores principales lo lavaban y aderezaban, vistiéndolo con el traje que á su dignidad correspondía.

Si enfermaba el señor hacían los sacerdotes grandes sacrificios, romerías y ofrendas; si sanaba, se celebraba su alivio con suntuosas fiestas y bailes; pero si se moría se disponían sus funerales con gran magnificencia, siendo en esos casos la costumbre más curiosa, que vestían á un esclavo con el traje del muerto y fingían que era él, y con este esclavo ponían otros dos y tres mujeres, á quienes embriagaban y ahogaban después para que fuesen á hacer compañía á su amo en el viaje de los difuntos. Enterraban á los señores en túmulos, para lo cual los amortajaban con muchas mantas de algodón, les cubrían el rostro con una máscara y les ponían zarzillos de oro en las orejas, joyas al cuello, anillos en las manos y una mitra en la cabeza, cubriéndolos con riquísima manta bordada.

La gente del pueblo no podía usar de tantas ceremonias ni tener varias mujeres; pero sí los ricos mercaderes: mantenían las mujeres que podían y repudiaban fácilmente las que tenían por mancebas.

En punto á religión eran muy devotos de sus dioses y tenían muchos, ya en los templos ya en sus habitaciones. Existía la jerarquía del sacerdocio y en ella una costumbre original. Los que á esa carrera se consagraban eran puestos de edad de siete años en el colegio del templo, y según sus merecimientos iban ascendiendo en los oficios y dignidades; pero en cada uno de esos puestos habían de durar cuatro años y no más; de modo que el que llegaba á sumo sacerdote, luego que cumplía cuatro años en ese elevado cargo, como no había ya otro mayor que sirviera, se salía del templo y pasaba al Consejo del rey, y si quería le era permitido el casarse.

El traje común de los sacerdotes era una manta *burda*; pero en las fiestas vestíanse con lienzos de diversos colores en los que tenían pintadas imágenes de sus dioses; poníanse unas como camisas sin mangas que llegaban á la rodilla, en las piernas unas como polainas, en el brazo una tira de manta con borla y encima de todo una gran capa con una borla colgando á la espalda y sobre la cabeza una grandísima mitra

de plumas verdes y en ella pintadas sus principales deidades.

Hacían sus danzas sagradas en los patios de los templos, y entonces se vestían de ropa blanca pintada. Vivían en ayunos y abstinencia, y si alguno quebrantaba la castidad era muerto á palos. Enterraban á los sacerdotes en los patios de sus templos, y vivían en éstos en reclusión, no saliendo sino á las fiestas religiosas á jugar á la pelota á la casa real ó á la guerra al frente de las fuerzas del sacerdocio.

Los guerreros peleaban con macanas y chimales, cubríanse el cuerpo con *ichcaipiles*, y dice Herrera que se pintaban las caras para espantar á los enemigos. Formaban por barrios sus ejércitos, y los guiaban los capitanes de los mismos barrios. Y Herrera también cuenta que cuando eran atacados se refugiaban en las fortalezas con las mujeres y los niños, y que era costumbre que salían de siete en siete á pelear capitanes con capitanes y soldados con soldados, y muerto uno entraba otro en su lugar, hasta que alguna de las partes quedaba vencida.

Tales eran las costumbres de los mixteca, mezcla sin duda de las que llevaron las diversas invasiones.

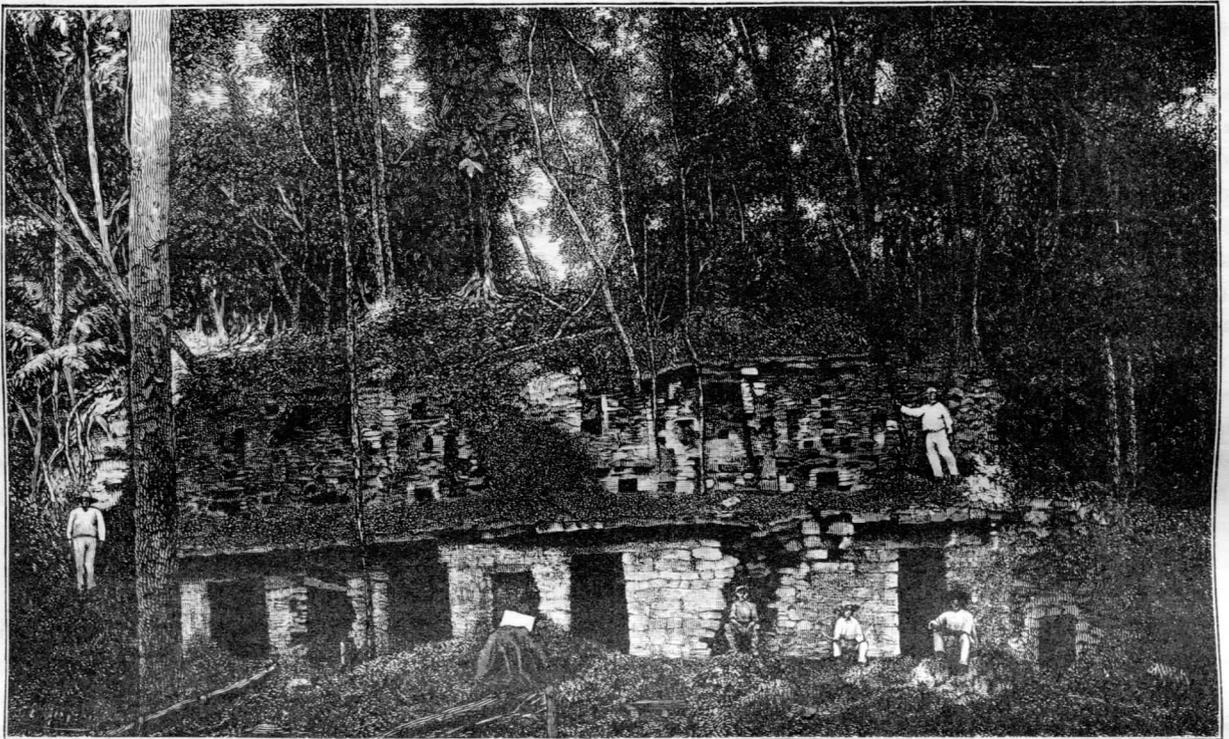
Igualmente bravos que los mixteca peleaban los tzapoteca con macanas y rodelas, arcos, flechas y hondas; llevaban á la guerra banderas con mucha plumería de colores; poníanse cascos de madera ó de cabezas de animales, los que adornaban á veces con turquesas; se pintaban la cara y las piernas; llevaban los cabellos largos y trenzados y muchas plumas en la cabeza, y se ponían zarzillos y bezotes de oro. En la guerra arremetían á pelear con gran gritería.

En las costumbres religiosas de los tzapoteca había la particularidad de que sacrificaban los hombres á los dioses y las mujeres á las diosas; y para ello les abrían el pecho á lo ancho, les sacaban el corazón y se comían los cuerpos. Usaban también el sangrarse, así como los ayunos y penitencias, pues cada vez, uniéndose más las costumbres por las invasiones, se iban más y más unificando, aunque, por desgracia, en el sentido de la decadencia que por todo el territorio se iba extendiendo.

Debemos, sin embargo, mencionar una de las supersticiones que tuvo su nacimiento en la región del Sur, según parece, que mucho se extendió, y que tal vez no ha desaparecido del todo; queremos hablar del *nahualismo*. Consiste esta brujería en tener un animal cuyo destino va unido al del hombre y que toma el nombre de *nahual*. Dice Burgoa que los agoreros enseñaban sus errores á los muchachos que les entregaban para su educación, y que al efecto los llevaban al campo á hacer sus ofrendas, y á cada uno se le aparecía la bestia que había de ser su *nahual*, y quedaban convencidos de que esa era la suerte conque nacieron, y que su vida era ya inseparable del animal que les tocaba.

Supersticiones semejantes unen á la región de Didjazá con la quiché, así como también á ésta pasó la invasión tolteca y con ella el culto de *Quetzalcoatl*, que ya hemos visto iniciado en *Gucumatz*. De lo primero nos dan testimonio el brujo *Costahuntox*, á quien representan con cuernos, *Canumlum* y *Yahalán*, que era negro. De lo segundo, si no bastaran los relieves de Palemke, sería suficiente el que encontró Charnay en una ciudad muy parecida en sus edificios á aquella, por lo que debemos juzgarla de igual antigüedad; pero sin que éstos alcanzaran la grandiosidad y perfección de los de la metrópoli sagrada, por lo que

hay que suponer que fué de menor importancia. Tuvola, sin embargo, grande, pues así lo manifiestan sus templos y palacios. Basta ver el palacio y su plano, que Charnay nos ha conservado, para comprender que aquella arquitectura es igual á la de Palemke; los jeroglíficos encontrados son semejantes; el templo pudiera confundirse con el del Sol; todo acusa que la ciudad quiché y la de los lacandones pertenecen á una misma época, nacieron juntas y se destruyeron por la misma causa: son dos ciudades hermanas, que lo que en una pasó debió pasar en la otra. Pues bien, un hermosísimo relieve de la ciudad desconocida nos paten-



Restos de un palacio en la ciudad del Usumacinta

tiza el culto de *Quetzalcoatl*. Así lo ha explicado con mucha discreción el mismo Charnay.

Es la piedra en cuestión un dintel esculpido de piedra calcárea, en que se ven en relieve muy pronunciado dos personajes, uno de pie y otro arrodillado, y á más una inscripción jeroglífica. Los tipos de las figuras son los mismos de Palemke y es notable la buena disposición y dibujo de ambos personajes. Está el uno de pie con gran tocado de plumas, manta bordada á la espalda, con fleco y larga borla que cae por atrás, orejeras y collar, *cx* riquísimo, adornos en la pantorrilla y sandalias de piel de tigre, que se elevan por la parte posterior del pie y se atan con cintas. Empuña una gran palma y parece que manda algo á la figura arrodillada.

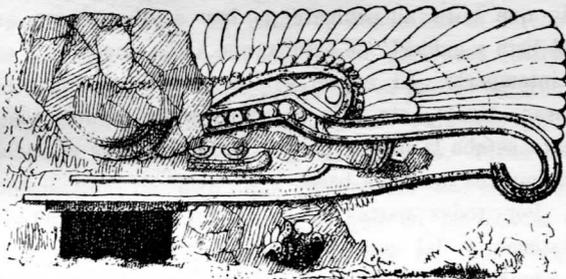
La figura arrodillada viste uno de los trajes más ricos que hemos encontrado en los monumentos. Lleva

magnífico tocado compuesto del signo *cipactli*, ó sea la luz, y de dos símbolos iguales de la estrella, que son sus dos períodos, vespertino y matutino: complétalo con ramos de plumas que suben con penachos y le caen á la espalda. Cubre su cuello y pecho con grande y amplísimo collar de sartales de cuentas, y del mismo estilo son sus pulseras, exactamente como los adornos del *Kuculkán* del castillo de Chichén. Sus orejeras son complicadísimas; pero lo más interesante es una especie de casulla ó dalmática, que le cae por el frente y la espalda, abierta á ambos lados, y que al parecer debía llegar hasta cerca de los piés: su ornamentación es primorosa y de gusto exquisito, pues consiste simplemente en cuadros con otros menores dentro que figuran estar bordados ó labrados, y los cuales tienen á su vez una cruz de brazos iguales y ángulos rectos, es decir, la cruz de *Quetzalcoatl*, terminando en una orla de

cruces mayores. El traje tiene alrededor un fleco de plumas y una cenefa en que se perciben algunas cruces pequeñas. El personaje arrodillado se pasa una cuerda á través de la lengua, cuerda que está guarnecida de espinas para no poder retirarla antes de concluir el sacrificio. Se ve, pues, que el relieve representa no al *Quetzalcoatl* nahoa primitivo, símbolo de la estrella de la tarde, sino al tolteca, signo del fanatismo religioso y de la maceración y del despedazamiento del cuerpo.

El señor Charnay, descubridor del relieve, encontró perfecta explicación de él en Sahagún y Torquemada. Ambos tratan de cómo, después de haberse agujereado la lengua los sacerdotes, pasaban por la herida cañas y pajas de mimbre; el primero dice que el que se sacrificaba podía reducir las pajas á una sola uniendo varias de ellas, lo que formaba una especie de cuerda, y el segundo agrega que el *Achcaulli* ó jefe de los sacerdotes de *Quetzalcoatl* en Cholóllan, andaba de ciudad en ciudad exhortando á las gentes al sacrificio, y llevaba en la mano *una gran rama verde*. Diríase que ambos escritores habían querido describir el relieve de que nos ocupamos.

Pero si la influencia tolteca se extendió indiscutiblemente por las riberas del Usumacinta, hizolo también por el resto de la región quiché, en donde era principal ciudad Yaxbité, conocida generalmente por Ocotzinco, que significa *detrás del verde bosque* ó del *ocotal*. Las construcciones de Ocotzinco son de tal manera semejantes á las de Palenke, aunque más arruinadas, que sería repetirnos el que tratásemos de describirlas; y aun hay la tradición entre sus actuales habitantes de que ambas ciudades se comunicaban por un subterráneo. En Yaxbité se encuentran las mismas pirámides de



Estuco de Ocotzinco

gradas, los templos de igual disposición, con techos inclinados, bóvedas triangulares y altar á manera de arca; con sus cámaras subterráneas para el culto misterioso ó para la superchería y siempre todo adornado de estuco. Precisamente un ornamento de estuco que se encontró en el templo más bien conservado de aquella ciudad ha dado motivo á graves discusiones. Stephens dice que al ver ese fragmento le sorprendió su extraña semejanza con los globos alados que hay sobre las puertas de los templos egipcios, aunque advierte que

si el ornamento circular pudiera tomarse por globo, no está rodeado de serpientes y las alas quedarían en sentido inverso del usado en aquellos edificios. Por supuesto que Waldeck lo reconstruyó y resultó un completo globo alado. Creemos que ha sido más discreto



Relieve en un chalcihuitl

el señor Orozco al decir que es una especie de trofeo compuesto de un escudo central, de un arco con su cuerda y alguno de los adornos de plumas para la cabeza. Algunas diferencias respecto de Palenke marcan los escritores; Dupaix dice que ahí existen las dos



Esfinje de barro

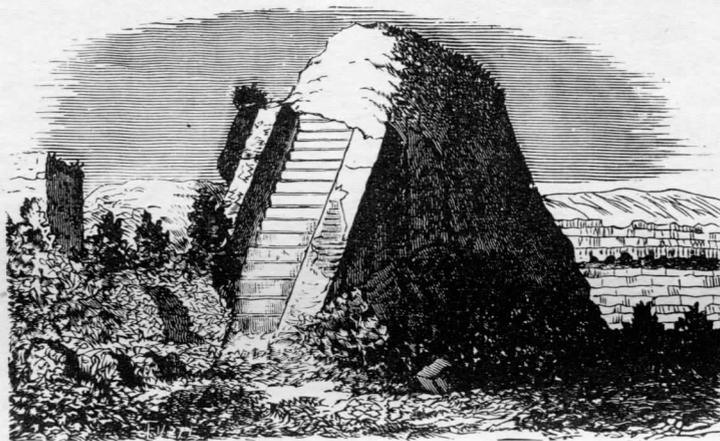
únicas pirámides acabadas en punta. Waldeck agrega que los aleros son cónicos y de ángulos salientes, y el señor Orozco que las ruinas de Ocotzingo son imitación inferior de las de Palenke y posteriores al modelo. Pero hay que observar que no se han hecho explora-

ciones completas, que los jeroglíficos hallados son muy semejantes y que en una piedra *chalchihuitl* se encontró grabada la misma deidad y sentada de la misma manera que estaba en el templo del Hermoso Relieve y en el Palacio, solamente que no extiende la mano sino que la recoge sobre el pecho. Para nosotros el más importante de los hallazgos es una tierra cocida en forma de esfinge, que recuerda esculturas muy conocidas de antiguas ciudades del Asia.

Y no se limitó la invasión de la cultura tolteca al territorio primitivo de los quichés, sino que avanzó al que ocuparon en la época histórica, á la región de Iximché y á la ciudad de Gumarcaah, conocidas después por Cuauhtemállan ó Guatemala y por Utlatlán. Aun cuando el nuevo quiché no pertenece ya á nuestro territorio, cúmplenos decir que, según la tradición,

Nimaquiché, de la familia real tolteca, obedeciendo al expreso mandato de sus dioses, abandonó Tóllan y peregrinó hasta descubrir el lago de Atitlán, cerca del cual se estableció el nuevo reino quiché. Nima llegó con tres hermanos y con ellos dividió el nuevo país. Su hijo Axopil fué el jefe de los quichés, kachiqueles y zutuhiles, gobernaba á su pueblo cuando se establecieron en la región de Iximché y fué el primer monarca que reinó en Gumarcaah.

Sin necesidad de seguir estas tradiciones desde luego se descubren dos hechos históricos: la invasión tolteca y la mudanza de territorio. En el *Popol Vuh* vienen también de Tulantzú, que estaba al oriente, por lo que nos admira que algunos escritores hayan querido trastornar la tradición y la geografía. Tóllan quedaba al oriente respecto de la región quiché, y de ahí pere-



El sacrificadero

grinaron los sectarios de *Quetzalcoatl*, y por eso dice el libro sagrado que *Gucumatz* fué el principio de la grandeza del reino y así fué el origen de ser engrandecido el quiché. Por eso también dice el *Popol Vuh* que cuando amaneció el sol, luna y estrellas, es decir, cuando se introdujeron la religión y la cultura tolteca, fueron las generaciones de los primeros padres Balam-quitze, Balam-acab, Mahucutah é Iquibalam. Según Ximénez fué Balam-quitze el primer rey, y esto pasó hacia los años de 1054; de manera que fechas y hechos todo concuerda para confirmar nuestras ideas.

Sólo hablaremos á propósito de los quichés modernos del templo que en su ciudad tenían destinado á los sacrificios y que Stephens llama *El Sacrificatorio*, sin duda por *Sacrificadero*. Es una estructura cuadrangular de piedra, de sesenta y seis piés por lado en la base y que se eleva en forma piramidal á la altura de treinta y seis piés. En tres de sus lados tiene en medio una hilera de escalones, cada uno de diez y siete pulgadas de alto y ocho solamente de fendo. En las esquinas hay cuatro estribos de piedra cortada, que se

pusieron tal vez para sostener la construcción. En el lado que mira al poniente no hay escalones sino que está listo y cubierto de estuco, que se ha puesto gris con la intemperie. El estuco estaba pintado con diversas figuras, tigres, etc. En la parte superior del monumento estaba la piedra de los sacrificios, que el pueblo contemplaba desde su base.

Por todas partes se ve, pues, la invasión del fanatismo y del culto sangriento, y acusa además la decadencia, la división de las regiones de la antigua teocracia. Ya habíamos llamado la atención sobre que algún motivo poderoso obligó á los quichés á dejar su primer territorio, y ya sabemos que su emigración tuvo lugar en el siglo XI; esto nos da un dato probable de que desde entonces quedaron abandonados Palemke y las ciudades semejantes; pudiera creerse que esa ruina se extendió en aquella misma época hasta Copán y Quirigua, pero nos falta saber la causa.

Hemos creído encontrarla en algún párrafo de la crónica de Remesal, que hasta ahora se había aplicado al origen de aquellos indios. Dice el historiador domi-

nicano de la provincia de Chiapa y Guatemala, que vinieron antiguamente de Nicaragua unas gentes que se quedaron en el lugar que ocupó Chapa-Nanduimé, y poblaron en un peñol áspero á orillas de un río grande. Este solo hecho bastaba para probar la invasión y para que buscásemos siquiera algunos datos en la lingüística comparada, aun cuando fuese en tradiciones aisladas.

La lingüística comparada nos presenta en el Istmo, punto avanzado de una invasión que hubiese sido detenida por los tzapoteca, á los huabes, que algunos han llamado también huazontecos. La tradición conservaba perfectamente el recuerdo de que los huabes eran extraños, que llegaron al Istmo de la parte del Sur, por guerras que de su primitivo país los arrojaron. Encontraron en Dani-Gui-Bedjé á los mixes y los arrojaron á las montañas. Los mixes y los zeques, que se extendieron á derecha é izquierda del Istmo y que por lo tanto eran los restos del pueblo arrollado por los huabes, son de familia mixteco-tzapoteca. Los huabes permanecieron independientes por muy largos años, hasta que los mexica conquistaron Tehuantepec en tiempo de Motezuma, y quedaron sujetos á éste; aunque poco después ocuparon la región los reyes mixteca y tzapoteca unidos.

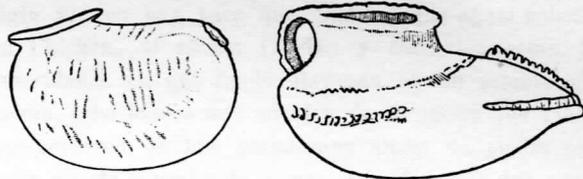
Pues bien, el huabe tiene gran analogía con el nagradán de Nicaragua, y lo mismo sucede con el chapaneco; á su vez, por los estudios de Mr. Brinton, sabemos con certeza que el chapaneco ó mangue de Chiapas es hermano del mangue de Nicaragua y éste lo es del aymara del Perú. Ya ahora nos explicamos perfectamente la tradición conservada por Remesal y la emigración de los quichés. Por guerras y conmociones que hubo hacia el Perú y que alcanzaron á Nicaragua, los habitantes de esta región, siguiendo al parecer la costa oriental, penetraron en los valles del Usumacinta y continuaron hasta el Istmo en donde fueron detenidos por los tzapoteca; de donde resultó que fuese destruída la vieja civilización palemkana, que el pueblo antiguo se refugiasse en la costa de Zakloh-pakab y que los quichés bajaran á Iximché á fundar un nuevo reino. Viene á ser confirmación de esto que lo mismo se encuentran chontales al sur de Nicaragua que en las costas del Potonchán y el Xicalanco, lugares en que chontal significa extranjero. Ya hemos dicho que probablemente tuvo lugar esta invasión en el siglo xi.

Pero si los nicaraguas en su invasión por la costa oriental habian barrido la vieja cultura de Quirigua, Copán y Palemke, que en su camino encontraron, á su vez sufrieron después las invasiones meca y nahoa. Ellos no pudieron hacer la suya de una vez sino en el transcurso de muchos años, y de la misma manera hubieron de tardar largo tiempo los meca y los nahoa

para llegar hasta allá. Vamos á ver si damos pruebas de lo que nos atrevemos á decir.

Desde luego encontramos el nahoa en Nicaragua y un nahoa no tan corrompido como debería creerse por el transcurso de los siglos y la enorme distancia á que había sido llevado; y además parece que hay alguna analogía entre el chorotega y el tarasco que acaso introdujeron las emigraciones meca. Alguna luz podrán darnos los nombres de las familias chorotega, ticomega y maguateca, habitadoras de la región.

Los mangues son los antiguos habitantes, y bien lo muestra la etimología de su nombre: *mánkeme*, jefes, señores. En cuanto á los chorotegas, supone Brinton que la invasión nahoa ó azteca, como la llama impropia-mente, dividió al antiguo pueblo en dos fracciones, la una que quedó al norte cerca del lago de Monagua y la otra al sur hacia el golfo de Nicoya: á una parte de los primeros, por habitar en un lomerío, les llamaron *dirianes*, de la palabra mangue *diri*, collado. Supone Brinton, y con él otros, que chorotega viene del verbo nahoa *chololtia* y de la terminación gentilicia *técatl*, y que la separación que hemos referido fué el origen del nombre *chololteca*, los arrojados, de donde los españoles hicieron chorotegas. Pero esto es inadmisibile porque el chorotega no tiene ninguna relación con el mangue ó chapaneco, y sí la tiene en el tarasco, aunque muy lejana y borrada por el transcurso de mucho tiempo. Sin duda con los meca bajaron hasta Nicaragua sus vecinos los tecos, ó una de sus fracciones llamada chorotecos, pues el recuerdo de los primeros está claro en los ticomega, corrupción de ticomeca ó tecumecca, los meca de los tecomates, que recuerdan á los xicalanca. Después llegaron los maguateca ó nahuatoca, los nahoas, los emigrantes tolteca, y por eso encontramos á los habitantes de Nicaragua relacionados con ellos por identidad de lenguaje, mitología, ritos religiosos, calendario, trajes y costumbres, habiendo conservado sus tradiciones, ya en sus cantares y danzas, ya en sus libros-jeroglíficos semejantes á los mexica. Y no olvi-



Nicaragua

Huehuetenanco

Urnas cinerarias

demos, como importantísimo detalle, la costumbre de la cremación y las urnas cinerarias introducidas por la invasión, siendo notable la semejanza de las de Huehuetenanco en el nuevo territorio quiché y las de la isla de Ometepe en el lago de Nicaragua.